Enrique Rubio Cremades
Menéndez Pelayo y la novela española de la segunda mitad del siglo XIX
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, Nº 1, 2012, 231-268

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO Y LA NOVELA ESPAÑOLA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

La búsqueda de referencias bibliográficas sobre la novela realista-naturalista española en la obra de Menéndez Pelayo constituye una ardua labor tanto para el lector o diletante de la cultura como para el investigador, pues una gran parte de este material noticioso brilla por su ausencia en el corpus crítico publicado por el autor. De hecho, es necesario, en ocasiones, hallarlo en los epistolarios o correspondencia existente entre el propio don Marcelino e intelectuales o críticos de la época. Evidentemente, el corpus erudito más importante para el análisis de la novela española de la segunda mitad del siglo XIX llevado a cabo por Menéndez Pelayo se encuentra en la serie de trabajos que configuran los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* (1949), de muy distinta índole que anteriores investigaciones, como *Orígenes de la novela* (1943) o *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* (1942), pues no existe idéntica sistematización, ni la misma homogeneidad y orden. En *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* se encuentra lo más granado de su producción en materia analítica sobre escritores españoles desde la Edad Media hasta novelistas coetáneos a don Marcelino, pues se recoge en dicha monografía alrededor de un centenar de trabajos cuyo contenido es dispar, pues figuran desde reseñas bibliográficas o prólogos hasta discursos, artículos de colaboración o impresiones del momento.

La ausencia o análisis escueto de novelistas en dicho corpus crítico no indica que don Marcelino ignorara o desconociera puntualmente la obra de determinados escritores, pues gracias al copioso epistolario existente la ausencia de referencias críticas dadas a la prensa no impiden

sacar a la luz sus reflexiones sobre una específica obra o escritor. Así, por ejemplo, se puede implementar el material noticioso existente en el epistolario publicado, fundamentalmente, en *Estudios y discursos*, pues de esta forma observaremos el anverso y reverso de la moneda, es decir, lo manifestado desde la perspectiva íntima –la carta– y lo expuesto ante los ojos del lector o crítico desde la tribuna pública, o sea, desde la publicación periódica. De esta forma percibiremos con nitidez la visión de Menéndez Pelayo sobre una determinada figura literaria, desde su personalidad o credo estético, hasta sus defectos o tics caracterizadores no revelados a la opinión pública.

El análisis de don Marcelino no sólo se circunscribe a un determinado número de escritores, sino también a diversos aspectos que atañen a las corrientes estéticas del XIX o a las peculiaridades y características que subsisten tanto en la novela como en el género cuento. En la mayoría de las ocasiones sus reflexiones sobre la novela realista-naturalista o sus opiniones sobre la novela de tesis o corrientes europeas del naturalismo en la literatura española se encuentran dispersas en el copioso material noticioso que ofrece su epistolario. De esta conjunción o cruce entre la reflexión íntima que subyace en la carta y lo dado a la luz pública, bien en monografías o artículos, el lector puede tener una idea clara, objetiva y precisa de la visión de Menéndez Pelayo sobre la gran novela española de la segunda mitad del siglo XIX.

Las relaciones entre novela y cuento o la relación y vinculación entre los dos géneros son aspectos analizados por don Marcelino en una época en la que el cuento forma parte indeleble de la producción literaria de los escritores del XIX, pues reunía toda la fascinación y atracción de la novela[1]. Desde Fernán Caballero, Alarcón o Valera hasta Galdós, Pereda, Clarín o Pardo Bazán, entre otros, el género cuento será abordado tanto desde una perspectiva teórica como desde una visión práctica. En este

[1] Menéndez Pelayo en *Orígenes de la novela*, en el capítulo "Reseña de la novela en la antigüedad clásica, griega y latina" ofrece una erudita síntesis de la relación cuento-novela, de cómo el cuento precedió a la novela: "Género tan antiguo como de imaginación humana es el relato de casos fabulosos, ya que recrear con su nueva exposición, ya para sacar de ellos alguna saludable enseñanza. La parábola, el apólogo, la fábula y otras maneras del símbolo didáctico, que tienen siempre en sus más remotos orígenes algún carácter mítico y trascendental, aunque este sentido vaya perdiéndose con el transcurso de los tiempos y quedando la mera envoltura poética" (Menéndez Pelayo: 1943, I,: 7-8)

sentido, don Marcelino es consciente de que el cuento precedió a la novela, que sus relaciones son evidentes y que su influencia en motivos o temas subyacen en determinados cuentos del siglo XIX. Que don Marcelino conocía perfectamente el género cuento lo corrobora de forma harto elocuente E. Pardo Bazán a raíz de la publicación de un cuento suyo en el periódico *El Liberal*[2] y recogido más tarde en su *Nuevo Teatro Crítico* con una peculiar carta escrita a modo de introducción en la que ofrecía un obsequio en libros a quien revelara las fuentes literarias de su relato, excluyendo sólo a don Marcelino por sus conocimientos sobre el género cuento. En la carta, doña Emilia se defendía de las acusaciones lanzadas por el periódico *La Unión Católica. Diario Religioso, Político y Literario* que la acusaba de haber plagiado un cuento de Voltaire en su relato *La hierba milagrosa*[3].

Las apreciaciones vertidas por don Marcelino en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1947-1948) son también de sumo interés para conocer un tipo de relato, como el de los cuentos religiosos, o novelas de tesis religiosas. Sus referencias a un nutrido grupo de escritores defensores y detractores del cristianismo, el análisis del positivismo en Francia durante el siglo XIX y sucintas referencias al Naturalismo[4] permitirán al

[2] La carta se publicó en *El Liberal* el 24 de octubre de 1892.

[3] *La hierba milagrosa* sería recogida en el *Nuevo Teatro Crítico*, Madrid, Imprenta E. Rubiños, nº 27. En dicho número se defiende de las acusaciones de plagiar a Voltaire, afirmando que su cuento trata un tema de ilustre tradición literaria: el tema de *La Matrona de Éfeso*. Doña Emilia, tras analizar las versiones existentes de dicho asunto, indica que la persona "que acierte y diga qué autor español refiere en pocos renglones el caso que va Vd. a publicar bajo mi firma, le regalo una docena de libros, que no diré sean buenos, pero corren como si lo fuesen. Queda excluido del concurso Marcelino Menéndez y Pelayo".
Esta clara percepción de doña Emilia por los conocimientos de Menéndez Pelayo sobre el género cuento es clara y evidente. El propio D. Marcelino analizó con precisión y toda suerte de detalles el célebre cuento de *La Matrona de Éfeso*. En sus *Orígenes de la novela* llega a la conclusión de que se trata de una "preciosa narración, considerada por algunos como *fábula milesia*, se encuentra reproducida en casi todas las lenguas modernas, pero nunca con la gracia y naturalidad que en el relato de Petronio" (Menéndez Pelayo, 1943: 232).

[4] Así, por ejemplo, en el capítulo "Ensayos estéticos de algunos pensadores cristianos.- Conferencias del P. Félix sobre el Arte […]", inserto en *Historia de los Heterodoxos Españoles* (1940, V), muestra su disconformidad con la novela naturalista, deslizando una concisa reflexión sobre dicha estética: "Todas las tendencias que pervierten y extravían el arte, lanzándole a miserable decadencia; el influjo de las ideas y de las costumbres

lector conocer el grado de conocimiento que don Marcelino tenía sobre este tipo de conflictos enmarcados dentro de una corriente o doctrina estética. Tal como se constata en buena parte de los géneros narrativos de la segunda mitad de siglo XIX, el contenido de dichos relatos es dispar. Los ideales religiosos se mezclarán con los políticos, produciéndose fricciones entre la propia intelectualidad, novelistas y lectores. El problema religioso al trasvasarse de la conciencia a la literatura creará un denso conflicto, una dura confrontación en la sociedad española. Problemas que don Marcelino abordará con harta frecuencia en su epistolario, pues hilvana los conocimientos de su vasta cultura con la lectura y reflexión de las novelas leídas y analizadas[5]. De todo ello se desprende que si bien Menéndez Pelayo no publicó estudios sobre la novela española de la segunda mitad del siglo XIX, como el caso de Valera o Pardo Bazán, por ejemplo, sí asumió y participó en sus cartas en la censura de las teorías naturalistas, alineándose con aquellos escritores afines a su ideario y censurando a quienes defendían el naturalismo.

---

en esta depravación; el vergonzoso mercantilismo literario; la ola de materialismo, sensualismo y positivismo que amenaza matar toda abnegación, toda luz del ideal, todo entusiasmo, se encuentran denunciadas y perseguidas con estilo de fuego en estas *Conferencias*. Y hay que decir, en alabanza del P. Félix, que fue de los primeros en dar la voz de alarma contra el llamado *realismo* o *naturalismo* francés de nuestros días, cuando éste apenas comenzaba a mostrarse y aún no se había organizado en forma de escuela" (1940, V: 88).

[5] La concepción que don Marcelino tiene acerca de la novela de tesis la manifiesta de forma harto reiterativa en su correspondencia con Valera. Así, por ejemplo, cuando comenta las novelas galdosianas que abordan el complejo problema religioso y social –como en el caso de *La familia de León Roch*-, Menéndez Pelayo es tajante en su contestación y en sus reflexiones, como en la carta fechada desde Santander, 8 de septiembre de 1879, en respuesta a la enviada por Valera desde Biarritz el 27 de agosto de dicho año: "[…] soy menos indulgente que Vd. con los novelistas que se proponen demostrar tesis y enturbiar la limpieza del arte con propósitos segundos y de propaganda, y más si son aviesos y mal nacidos como los de Galdós, hombre de indisputale talento pero echado a perder por la clerofobia progresista de *bas étage* […] Vd. ha sabido librarse de esa manía de probar y demostrar, que ahora aqueja a todos, y por eso vivirán las novelas de usted, al paso que de las de Galdós solo quedarán lo que realmente es literario y no obra de secta y partido, con ser esto último lo que más contribuyera la boga y favor presente. De igual manera, los críticos venideros no han de encomiar a Vd. por las tendencias *naturalistas* si es que las tiene (que no lo creo) sino por haber presentado en sus novelas con arte, vida y discreción la realidad humana y las costumbres nacionales" (Revuelta 1982, III: 62).

Desde una perspectiva menos genérica, referida a la llamada novela realista-naturalista española cabe iniciar dichos análisis de conjunto a partir de la obra de Fernán Caballero (Rubio: 2001), aunque voces autorizadas consideran que los orígenes de la novela realista atañe también a otros escritores hoy prácticamente olvidados, pero que en su día gozaron de una justa fama (Sebold: 2007). Incluso para don Marcelino los cuadros de costumbres decimonónicos actúan como embrión de la novela realista española, tal como se desprende de la carta dirigida a Manuel Polo de Peyrolón, 15 de enero de 1879, en una fecha en la que no se había iniciado todavía la producción de la gran novela española, pues será a partir de la década de los años ochenta cuando se publique lo más excelente y granado. En dicha carta Menéndez Pelayo elogia los cuadros de costumbres del citado corresponsal, escritos de forma amena, dialogada y descripciones acertadas. De ahí que inste a su interlocutor "a cultivar con crecientes bríos el género en que sobresale. Y a dar mayor extensión a sus cuadros hasta convertirles en verdaderas novelas (género que anda tan mal en España como espíritu y como forma y que es fuerza levantar a toda costa) y agradeciendo […]" (Revuelta, 1982, III: 363).

La creación literaria de Fernán Caballero ocupa un lugar secundario en la correspondencia de Menéndez Pelayo, sólo ligeras alusiones referidas a su estilo y a su prurito por adoctrinar a sus lectores. Evidentemente estas reflexiones están emitidas con sumo respeto, sin animadversión ni tonos burlescos, como en el caso de sus opiniones sobre las obras de E. Pardo Bazán. Incluso elogia parte de su producción cuentística de finales del siglo XIX, especialmente el cuento titulado *La oreja del diablo*[6], consi-

[6] En la carta que aparece dicha apreciación –12 de agosto de 1896–, don Marcelino corrige al propio Valera, ofreciéndole un material noticioso sobre el género cuento, publicado recientemente, a fin de corroborar la importancia de dicho género en la literatura española. En este preciso elenco de colecciones citadas por don Marcelino incluye a Fernán Caballero: "Los catalanes tienen una riquísima, que es *La Rondallayre*, de Maspóns y Labrós, en seis o siete volúmenes muy ricos de comparaciones con los cuentos de otros países. Hay, además la *Rodallística*, de Bertrán y Bros, y otras publicaciones parciales. Los portugueses tienen dos tomos de cuentos populares coleccionados por T. Braga, también con mucho aparato de notas y variantes y además uno de *Cuentos de Brasil*, coleccionados por Sylvio Romero. En Castilla se ha hecho menos, pero no se puede olvidar el tomo que publicó Fernán Caballero, donde está, entre otros cuentos muy lindos, el de *La oreja del Diablo*" (Artigas, 1946: 526),
Para los cuentos de temática rural debidos a Fernán Caballero es necesario leer el trabajo *Horacio en España* (1877), pues es necesario observar cómo este motivo clásico

derado como una joya literaria por don Marcelino y críticos de la época, como en el caso de Fastenrath. Lo más enjundioso de la novela de Fernán Caballero estriba en su engarce con el realismo, un realismo sano y angelical, en expresión del propio Menéndez Pelayo, que se fundamentó siempre en la observación de las costumbres tradicionales, idealizándolas al mismo tiempo que profundizando en ellas y "[…] trasladando a sus libros no solo rasgos de pasión y de ingenuidad sublime de los *que no se inventan*, según su propia expresión, sino un material riquísimo y enteramente autentico de cuentos y cantares, de rimas infantiles, de oraciones, de acertijos, de refranes y dichos agudos y sentenciosos; en suma, de todas las manifestaciones artísticas y formales del alma andaluza, recogidas de la viva voz del pueblo, cosa, si no, enteramente inusitada en España, muy lejana, por lo menos, de los hábitos de nuestros novelistas románticos" (1942, V: 51).

Para don Marcelino los valores de Fernán Caballero se fundamentan, principalmente, en su ruptura con el romanticismo, aunque no alude al comportamiento de sus personajes de ficción, a sus héroes novelescos. No olvidemos que su principal novela, *La Gaviota*, está tejida mediante personajes cuya actitud y procedencia, como en el caso del doctor Stein, nos remite al perfil del héroe romántico, un romanticismo no violento que prefiere el sufrimiento y la compasión ates que la venganza. Lo que realmente valora Menéndez Pelayo de Fernán Caballero es su espíritu, el sabor de su pueblo, sus tradiciones, su nacionalismo y casticismo, aunque el argumento de sus novelas sea escaso y deslavazado, y su estilo un tanto suelto, descuidado. También es evidente, tal como señala en sus *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, que a pesar de adolecer de defectos su novela, ésta no se vio superada por sus imitadores, pues en lugar de mostrar nuevos aspectos poéticos de la vida, trastocaron lo popular con lo vulgar y lo moral con lo casero, formándose así una literatura cándida hasta la saciedad, inexacta e ilegítima tanto en el fondo como en la forma. Imitadores que no tuvieron ninguna incidencia en la gran novela del último tercio del siglo XIX, de ahí su conocida y taxativa visión negativa del panorama crítico sobre la novela española:

> Así, entre noñeces y monstruosidades, dormitaba la novela española por los años de 1870, fecha del primer libro del señor Pérez Galdós. Los

no se transforma en muerte retórica, no pierde vitalidad, sino que se impregna de nuevo sentido, adaptándose a la inquietud de cada época y al temperamento del escritor, como en el caso de Fernán Caballero.

> grandes novelistas que hemos visto aparecer después, eran maestros consumados en otros géneros de literatura; pero no habían ensayado todavía sus fuerzas en la novela propiamente dicha. No se habían escrito aún ni *Pepita Jiménez,* ni *Sotileza*, ni *Peñas arriba* (1942, V: 89).

Es curiosa la selección que don Marcelino lleva a cabo del panorama novelístico que arranca desde el año 1870 hasta 1895, publicación de *Peñas arriba*. Es decir, desde la aparición de *La Fontana de Oro* hasta la novela de Pereda. Una producción novelística en la que brilla por su ausencia el ciclo de *Novelas españolas contemporáneas* de Galdós, con sus novelas naturalistas, psicológicas, dramáticas e idealistas. Selección en la que tampoco se da cabida a la obra maestra de Clarín, *La Regenta*; ni tampoco las novelas de E. Pardo Bazán o Palacio Valdés que hasta el año 1895, fecha de cierre del paréntesis establecido por Menéndez Pelayo, había publicado, este último, novelas de gran éxito editorial, como *El señorito Octavio, Marta y María, Riverita, La espuma*… De Valera cita *Pepita Jiménez* y *Las ilusiones del doctor Faustino* y, sin embargo, silencia *Doña Luz*, de muchos más quilates que esta última. De Pereda, por lo manifestado en esta concisa visión, prefiere *Sotileza* y *Peñas arriba*, las obras que más fama proporcionaron a Pereda, que si bien merecen toda suerte de elogios, como narraciones novelísticas y exposición de hechos son muy discutibles. Silencio total de las novelas históricas españolas, situadas o enmarcadas entre los epítetos *noñas* y *monstruosidades*. Navarro Villoslada, Cánovas del Castillo, Amós de Esclante, Víctor Balaguer, Antonio de Trueba, Benito Vicetto, Diego Luque de Beas, representantes de la segunda etapa de la novela histórica, y la novela romántica –psicológica –, la debida a Pastor Díaz, no merecerán crédito alguno por parte de don Marcelino.

De esta conjunción de novelas publicadas en la segunda mitad del siglo XIX destaca la debida a Pedro A. de Alarcón, *El escándalo*, considerada por don Marcelino como obra maestra. A pesar de sus elogios y amistad, pocos son los episodios críticos que a él dedica. En *Orígenes de la novela* lo cita de pasada a raíz del estudio que Menéndez Pelayo realiza sobre las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita, cuya influencia se dejó sentir en numerosas obras literarias, entre ellas, *La Alpujarra* de Alarcón. Cabe señalar que la celebridad de Alarcón no sólo se debió a su novela *El escándalo*, sino también en gran medida a sus crónicas de viaje, como *Diario de un testigo de la guerra de África*, *De Madrid a Nápoles* y *Viajes por España*, convirtiéndose las dos primeras en auténticos éxitos editoriales. Precisamente en *Estudios y discursos de*

crítica histórica y literaria, don Marcelino analiza de forma concisa *De Madrid a Nápoles*, cotejando dicho libro con el debido a Amós de Escalante, *Del Ebro al Tiber. Recuerdos de viaje de Juan García*. Como es bien sabido don Marcelino dedicó varios estudios a Amós de Escalante, cuyo pseudónimo *Juan García* popularizó en sus publicaciones. El cotejo de ambas relaciones de viaje sirve de pretexto a don Marcelino para emitir una reflexión censoria sobre el libro de Alarcón *De Madrid a Nápoles*:

> Nuestro autor [Amós de Escalante] viaja por cuenta propia y nos transmite sus propias impresiones, no las ajenas, mérito que no siempre alcanzan otras relaciones de viajes más extensas y al parecer más nutridas que las suyas: por ejemplo, el amenísimo viaje de Alarcón, *De Madrid a Nápoles*, hecho y escrito el mismo año que el de *Juan García*, de quien fue fraternal camarada en Roma. Alarcón seduce, atrae, fascina con su elocuencia pintoresca; pero él, tan exuberante de personalidad en sus relatos de África y de la Alpujarra, da de Italia una visión atropellada y fantasmagórica, en que pone muy poco de su alma. (1942, VI: 286).

La correspondencia entre don Marcelino y Alarcón es escasa. El cruce epistolar se inicia, a tenor de las cartas publicadas, el 16 de agosto de 1880, y su contenido es preciso y concreto: el posible ingreso de don Marcelino en la Real Academia Española[7]. La información que mayor material noticioso ofrece de forma indirecta sobre Alarcón son las cartas cruzadas entre don Marcelino y Valera. En ellas, Valera se refiere siempre a Alarcón como admirador de don Marcelino. Precisamente la primera

[7] Menéndez Pelayo se refiere a Valera como su principal valedor para su futuro ingreso en la Real Academia Española a raíz del fallecimiento de Hartzenbusch, auque no se cita su apellido: "Si no recuerdo mal, Valera le habló a Vd., tiempo atrás, del pensamiento de hacerme Académico de la Española en la primera vacante, y Ud. se mostró favorable. Ahora, con el fallecimiento de Dn. Juan Eugenio (q.s.g.h), se presenta ocasión oportuna. Si no tiene Vd. algún compromiso anterior me atrevo a suplicarle que me dé su voto. Se lo agradecería de todas veras su afectísimo amigo, seguro servidor, q.s.m.b." (1983, IV: 322).
A vuelta de correo, Alarcón le contesta en carta escrita desde Valdemoro, el 18 de agosto. El guadijeño tras referirse a su amado e insigne Valera corrobora lo dicho por don Marcelino en su carta, comunicándole que cuente con él de forma resuelta e incondicional, consciente de que la Academia saldrá ganando enormemente, pues está necesitada de verdaderos humanistas y literatos. Yo tendré, afirma, "la dicha de dar público testimonio de mi admiración a uno de los ingenios más extraordinarios e instruidos que han honrado a España" (Revuelta, 1983: 325).

carta que se conserva entre el propio Valera y Alarcón, la fechada en Biarritz, 28 de septiembre de 1877, ya se percibe con nitidez la admiración del guadijeño por el entonces jovencísimo Menéndez Pelayo. Valera señala al respecto que la *Epístola a Horacio* le ha gustado muchísimo y "no solo la he leído para mí varias veces, sino que ansioso de lucirla, la he leído en algunas reuniones y he alcanzado grandes aplausos y encomios para usted. Las reuniones han sido en mi casa y en casa de P. A. de Alarcón" *(*Artigas, 1946: 17).

Menéndez Pelayo siempre se refiere en sus cartas a Alarcón con admiración y sincera amistad, incluso apoya sus aseveraciones o negaciones ante un determinado asunto con las opiniones de Alarcón. Así, por ejemplo, cuando Valera analiza el Naturalismo, don Marcelino le indica que Alarcón ha mostrado su conformidad con lo dicho en su estudio, opinión que satisface en gran medida al propio Valera. Don Marcelino muestra también un gran interés por la carta-prólogo de Alarcón que debe figurar al frente de *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, instándole con la frase "venga pronto esa carta a Alarcón" ((Artigas, 1946: 362) y manifestando su insistencia en conocer pronto su contenido, como en la carta que don Marcelino escribe el 22 de abril de 1887. En este sentido cabe señalar que tanto Alarcón como Menéndez Pelayo asumen plenamente al unísono las reflexiones emitidas por Valera sobre el Naturalismo, desde el primer artículo, publicado en la *Revista de España*, 10 de agosto de 1886, hasta el último, 10 de abril de 1887[8].

Ante la parquedad de estudios y referencias críticas en el epistolario sobre Fernán Caballero y Alarcón, en la referente a Valera y Pereda la situación es bien distinta, pues el estudioso de la obra de don Marcelino puede seguir paso a paso el proceso creador de dichos escritores gracias al epistolario. Un corpus epistolar –el referido a Valera– cuyo contenido se nutre siempre de una amistad fraternal. Tanto en lo privado como en lo dado a la luz en la prensa podemos analizar y entender las reflexiones del propio Menéndez Pelayo desde el 28 de septiembre de 1878, fecha de la primea carta que se conserva, hasta prácticamente el fallecimiento de

[8] El contenido de este epistolario desgrana las correspondientes entregas de Valera sobre sus *Apuntes*. Es evidente que Alarcón y don Marcelino comentan puntualmente el contenido de lo escrito por Valera, coincidiendo plenamente en todo lo expuesto en dichos artículos, cuya serie se publicó en libro con el título *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas. Con un prólogo del Excmo. Sr. Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Tello, 1887.

Valera en 1905 (Rubio, 2009: 67-111). Es evidente que las cartas escritas por don Marcelino se remontan con antelación a la fecha de dicha primera carta, pues ya en el año 1877 (27 de septiembre) Juan Valera indica en su escrito que "ayer recibí aquí [Biarritz] la carta de usted del 24, a la que me apresuro a contestar, dándole muy encarecidas gracias por el envío de su nuevo libro *Horacio en España* […]" (Artigas, 1946: 17). Incluso y a pesar de haberse perdido parte de la correspondencia de don Marcelino enviada a Valera, podemos reconstruir de forma parcial las fechas y el contenido de algunas cartas a partir del material informativo que reúnen las escritas por el propio Valera.

Gracias a todo este conjunto de cartas podemos conocer de forma íntima, privada y muy confidencial los diversos momentos por los que atraviesa don Marcelino. Sabemos de su interés por los clásicos, por la lectura y reflexiones de Menéndez Pelayo, sus proyectos, sus planes, sus ideas sobre la novela y el teatro, sus escarceos amorosos, sus preferencias estéticas, sus reflexiones sobre iberismo o el krausismo. Conocemos también el proceso gradual de todas sus publicaciones desde su inicial correspondencia con Valera. La *Biblioteca de traductores*, la *Biblioteca Hispano-latina clásica*, la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, la *Historia de las ideas estéticas en España*, así como sus estudios sobre los orígenes de la novela, poesía lírica castellana, teatro de Lope de Vega y poesía hispanoamericana., entre otros muchos estudios, figuran en la correspondencia epistolar existente entre don Marcelino y Valera. Bien es verdad que en un principio el escritor santanderino se muestra como un discípulo excepcional de Valera; sin embargo, en un brevísimo espacio de tiempo se convertirá en un condiscípulo intelectual y en un confidente privilegiado de las reflexiones íntimas de Juan Valera. El proceso creador e investigador de ambos se puede documentar con precisión gracias al epistolario desde múltiples ópticas, pues la intercomunicación de conocimientos enriquecerá las publicaciones de ambos. Los dos son bibliófilos empedernidos, informando tanto el uno como el otro de sus hallazgos literarios. Don Juan desde su estancia en Portugal, Estados Unidos, Bélgica y Austria como embajador de España. Don Marcelino recorrerá en fecha temprana las principales bibliotecas de Portugal, Italia y Francia, recogiendo valiosos materiales para sus obras *Biblioteca de traductores* e *Historia de los heterodoxos*. Don Juan le informará a lo largo de su vida de todo el mundo intelectual y literario de los países en los que ha residido. Don Marcelino le preguntará y solicitará, al mismo tiempo, lecturas y nombres para la elaboración de sus estudios. La conjunción perfecta,

el intercambio de comunicación es continuo. Epistolario que revela también las fobias de don Marcelino, como su inquina con E. Pardo Bazán[9] o su tono burlesco y despreciativo con el duque de Osuna por permitir el expolio de documentos españoles[10]. Cartas, en definitiva, que permiten conocer al erudito y al investigador desde una perspectiva íntima, perso-

[9] Por ejemplo, en la carta de don Marcelino fechada el 14 de noviembre de 1886 le confiesa a Valera que doña Emilia es una pedante, en clara referencia a sus *Apuntes autobiográficos* que figuran al frente de *Los Pazos de Ulloa*: "Dice, entre otras cosas, que cuando ella era niña la *Biblia* y Homero eran sus libros predilectos y los que nunca se le caían de las manos" (Artigas, 1946: 315). Más tarde, aunque elogia la biografía literaria de doña Emilia, la tacha, una vez más de pedante (carta del 16 de noviembre de 1886). Más adelante elogia la serie de artículos publicados por Valera en la *Revista de España* sobre el Naturalismo, denunciando a E. Pardo Bazán por sus ataque s a la novela histórica: "Lo que Zola y Dª Emilia dice de él [W. Scott] es injusto a la par que grosero... Siempre divertirán más a todo lector sincero y desapasionado *Waverly* y *Rob Roy* que la serie interminable y soporífera de los *Rougon-Macquart*" (Artigas, 1946: 334).

La inquina, su aversión por doña Emilia va *in crecendo* en el epistolario. Tras reiterar su actitud anterior a raíz de unas conferencias de la escritora gallega sobre la novela rusa en el Ateneo, don Marcelino la acusará de pedante, falta de independencias y originalidad de pensamiento (carta 22 de abril de 1887). Finalmente la acusará de *cursilona* y la definirá con toda suerte de epítetos degradantes: "Hemos tenido aquí a la Pardo Bazán cerca de dos meses y ha acabado de empalagarnos. Tiene el gusto más depravado de la tierra, se va a ciegas detrás de todo lo que reluce, no discierne lo bueno de lo malo, se parece por los bombos, vengan por donde vengan, y no tiene la menor originalidad de pensamiento, como no sea para defender extravagancias" (Artigas, 1946: 389). En esta misma carta, fechada en Madrid, 29 de junio de 1887, reconocerá, sin embargo, que doña Emilia tiene una vasta cultura y *talento de estilo*.

[10] Los comentarios entre don Marcelino y Valera sobre autógrafos de escritores clásicos de la literatura española, legajos e incunables son frecuentes. Sirva de botón de muestra la pericia de Menéndez Pelayo sobre determinados textos de Lope de Vega y la diáspora de los mismos por tierras extranjeras. En carta escrita desde Santander, 3 de enero de 1894, le comenta a Valera lo siguiente: "La Princesa de Metternich, con quien no dudo que tendrá usted buenas relaciones de amistad, es feliz poseedora de una comedia autógrafa e *inédita* de Lope, *La Reina Doña María*, cuyo asunto es el nacimiento de D. Jaime el Conquistador. El difunto Duque de Osuna hizo la barbaridad de sacar de España este manuscrito *único* y preciso, sin dejar siquiera una copia de él" (Artigas, 1946: 477). Más adelante, don Marcelino censurará de nuevo al duque de Osuna por su actitud ante valiosos documentos que deberían estar custodiados en su lugar de origen, como en el caso de la carta fechada el 21 de febrero de 1894: "¡Qué estupidez la del difunto Duque de Osuna en dejar salir de España semejante original sin quedarse siquiera con una copia paleográfica! Y no es el único regalo de este género que hizo aquel desdichado, como si fuera lícito a nadie ceder a extranjeros estas venerables reliquias de la cultura patria" (Artigas, 1946: 488).

nal, con sus fobias, inquietudes e ideas políticas y literarias. Una amistad que pese a la diferencia de edad y representar conductas dispares –Valera era el hombre galante, afortunado en amores, el cortesano ejemplar del siglo XIX y Menéndez Pelayo el provinciano inexperto, estudiante ensimismado, poco atento a aliño de su persona y contertulio habitual en las reuniones de sabios profesores y escritores- no supondrá obstáculo alguno, pues la inteligencia, la bibliofilia y la erudición serán focos de encuentro para una entrañable amistad que no desdeña la nota íntima, sentimental o anecdótica.

Tanto Menéndez Pelayo como Valera dieron a la luz pública sus impresiones sobre puntuales y determinados trabajos debidos a su pluma. Don Marcelino publicó de forma anónima un artículo, "Disertaciones y juicios literarios por don Juan Valera", en fecha temprana[11] y, más tarde, un estudio –"Notas a *Canciones, romances y poemas de Juan Valera*" (1885)[12]. Salvo estos dos trabajos, las referencias a Valera son escasísimas, aunque no por ello carentes de interés y de admiración por parte de don Marcelino. Así, en su estudio sobre *La cantiga del Rey Sabio*, publicada en *La Ilustración Española y Americana*[13], señala la omisión de un nombre en el prólogo introductoria llevado a cabo por el marqués de Valmar, pues no se cita ni alude "al bello estudio de don Juan Valera (1872), trabajo de poca extensión y poco alarde erudito, pero de mucha

[11] Se publicó en la *Revista Europea*, XII (1878: 1869-1890). La reseña salió firmada con una X, pero Valera, en una carta dirigida a don Marcelino (11 de agosto de 1878), le agradece dicha crítica: "Anoche leí su artículo de usted en la *Revista Europea*. Salvo los elogios apasionados que usted amistosamente me prodiga, el artículo me parece bonito, escrito con sencillez y facilidad, razonable, lleno de erudición, como todo lo de usted y con un reposo y una serenidad superiores a los pocos años de usted, que es lo que más me maravilla" (Artigas, 1946: 37).

[12] Se publicó por primera vez en Madrid, Tello, 1885: 503-550. Se reeditó más tarde en Juan Valera, *Obras Completas*, Madrid, Editorial Alemana, XVIII, pp. 277-320. También se recoge dichas notas en *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria, op. cit.,* vol. IV, pp. 262-295.

[13] Artículo publicado por don Marcelino a raíz de la edición de *Las Cantigas de Santa María publicadas por la Real Academia Española, con un estudio por el Marqués de Valmar*, Madrid, Tipografía Luis Aguado, 1889 [excelente edición publicada en papel de hilo]. La serie de Enrique Sánchez, que por primera vez incorpora este artículo en *Estudios y Discursos de Critica Histórica y Literaria* no recoge dicha edición. Los artículos de don Marcelino se publicaron en los siguientes números de *La Ilustración Española y Americana*, 28 de febrero de 1895, pp. 127-131; 8 de marzo de 1895, pp. 143-146 y 15 de marzo, pp. 159-163.

sustancia crítica y de muy buen gusto" (1942, I: 175). Don Marcelino no cita la procedencia del trabajo de Valera e, incluso, anota entre paréntesis la fecha de 1872, cuando en dicho año Valera no publica nada al respecto sobre las *Cantigas*. Suponemos que Menéndez Pelayo alude al artículo publicado en *La Academia*, 1 de abril de 1877, a raíz de la edición de *Il canzioniere portoghese della Biblioteca Vaticana, messo a stampa da Ernesto Monaci*. En este breve trabajo Valera realiza un estudio comparativo entre las *Cantigas* y el *Cancionero portugués* de muchos quilates, analizando con breve precisión en dicho artículo las analogías, semejanzas y cualidades literarias entre ambos corpus literarios. No olvidemos que don Marcelino conocía con precisión todos los estudios de Valera referidos a la Edad Media[14], pues fue, incluso, tema de *conversación* epistolar durante muchos años.

Menéndez Pelayo en su estudio crítico *Bartolomé de Torres Naharro y su Propaladia* (1900) realiza un claro homenaje a Juan Valera, pues extracta páginas enteras de su novela *Morsamor* para ambientar la visita de Torres Naharro a la Italia renacentista. El propio don Marcelino señala lo siguiente:

> En el intervalo de estas dos composiciones [Concilio de Galanes y Cortesanos de Roma] no estuvo ociosa la musa de Torres Naharro; vémosla asociarse en el mes de marzo de 1514 a un magnífico y triunfante alarde de gloria y poderío que el genio ibérico hizo en la capital del mundo católico por medio de la solemne Embajada que, de parte del rey de Portugal, don Manuel, llevaron Tristán de Acuña, uno de los héroes de la conquista de Oriente, y los dos célebres legistas Juan de Faria y Diego Pacheco, para ofrecer al Papa los primeros presentes de la India […] Oigamos, pues, a don Juan Valera, cuya fantasía, siempre lozana, hará revivir a nuestros ojos estas pompas del Renacimiento mucho mejor de lo que pudiera hacer yo (1942, II: 281).

[14] Don Marcelino conocía los trabajos publicados por Valera incluso antes de iniciarse la amistad entre ambos, pues se publicaron en revistas literarias de gran prestigio, como "Sobre la historia de Literatura Española en la Edad Media", *Crónica de Ambos Mundos*, I (16 de septiembre, 1860), pp. 250-253; "La sátira en la Edad Media. *La sátira provenzal*, por Coll y Vehí", *El Contemporáneo*, 28 de agosto-12 de septiembre de 1861; "*De los Trovadores en España*, por Manuel Milá y Fontanals", *El Contemporáneo*, *24* y 26 de enero, 4 de febrero de 1862, y "*Estudios sobre la Edad Media*, por Francisco Pi y Margall", *Revista de España*, XXXIII (13 de agosto, 1873), pp. 413-430.

Palabras de don Marcelino de hondo sentimiento, respeto y admiración por la figura del anciano y venerable Valera, que en su vejez escribió *Morsamor*, fin de su ciclo novelístico y que cuenta las cuatro peregrinaciones del religioso franciscano Miguel de Zueros y su criado Tiburcio de Simahonda. Las páginas extractadas corresponden a la primera parte de la novela -*El claustro*-, inicio del capítulo VI, en el relato que el padre Ambrosio lleva a cabo de su visita a Roma durante el año 1514. El padre Miguel Zueros escuchará con estupor y admiración dicha entrada triunfal de la embajada portuguesa en Roma. Menéndez Pelayo suprime en sus citas la voz del narrador, el padre Ambrosio, trocándola por la del propio narrador omnisciente. Don Marcelino tampoco señala la fuente de la descripción, que no es otra que la *Historia de Portugal* de Oliveira Martins, autor portugués citado en el epistolario de Valera y recomendado por don Juan a don Marcelino, tal como se constata, por ejemplo, en la carta escrita en Cintra el 22 de junio de 1882.

No menos interesantes son las reflexiones de don Marcelino sobre los conocimientos cervantinos de Valera, especialmente del *Quijote*. En su estudio *Una nueva conjetura sobre el autor del Quijote de Avellaneda*, tras emitir sus juicios críticos, incluye una digresión harto elocuente, pues señala que don Juan Valera "es, a mi juicio, el español que mejor ha hablado del *Quijote*, aunque en pocas páginas, son lo que más se acerca a este ideal de crítica que yo concibo y pueden ser germen de un libro que su mismo autor podría escribir mejor que nadie, si quisiera" (1942, I: 390). Como es bien sabido, Valera falleció cuando preparaba, precisamente, un discurso sobre el *Quijote*, encargado por la Real Academia Española, para la celebración del tercer centenario de su publicación, tal como se constata en la carta que Valera escribe a don Marcelino el 4 de febrero de 1905, en el umbral de su muerte[15]. El discurso lo leería

[15] Vocación cervantina que se constata en el epistolario existente entre ambos. Valera ya en época temprana analizó con sutil inteligencia la novela cervantina, como en su discurso académico "Sobre el *Quijote* y sobre las distintas maneras de comentarle y juzgarle. Discurso leído ante la R.A.E. en Junta Pública; 1 y 2 de octubre de 1864", *El Contemporáneo*, 27, 28, 29 y 30 de septiembre; 1 y 2 de octubre de 1864.
Con anterioridad había publicado un artículo "Carta del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha a su amigo y compañero Amadís de Gaula y descripción del sarao dado en el palacio de Medinaceli" en el mismo periódico, 3 de abril de 1861. También escribió reseñas críticas relacionadas con estudios y ediciones del *Quijote*, como "Sobre la Estafeta de Urganda, o aviso de Cide Asam-Ouzad Benengeli, sobre el desencanto del *Quijote*, escrito por Nicolás Díaz de Benjuemea", *El Contemporáneo*, 13

Alejandro Pidal y Mon a los veinte días del fallecimiento de Valera, 18 de abril de 1905[16].

Las referencias de don Marcelino en sus estudios críticos revelan siempre esta admiración. Elogios que no sólo se circunscriben al ámbito de la crítica de Valera, sino también a sus novelas y poesía, como en el caso en este último campo de sus notas al libro de Valera *Canciones, romances y poemas*, conceptuado por Menéndez Pelayo como un libro reflexivo, erudito, sabio, lleno de intuiciones, de gran belleza, artístico, de singular contenido en el que se entrecruzan "en agradable confusión joyas peregrinas de las dos lenguas clásicas, y de la alemana, y de la inglesa, y hasta de la arábiga y de la indostánica, traídas todas a nuestro idioma con el más exquisito primor y elegancia" (1942, I: 364).

Las relaciones entre don Marcelino y José María de Pereda se proyectan, al igual que en el caso de Valera, desde múltiples perspectivas, pues tanto el abundantísimo material noticioso existente en la correspondencia que ambos mantuvieron como en las cartas cruzadas entre otros escritores, críticos y familiares de su generación, en las que se ofrece un ingente material informativo, se puede llevar a cabo una completísima reconstrucción de la vida de ambos, desde la anécdota intimista hasta el dato erudito y reflexivo. Afortunadamente contamos con la válida e imprescindible colección de un corpus epistolar completísimo que el investigador, erudito o simple lector de sus obras puede consultar para ahondar en un determinado aspecto de la vida de ambos, desde la relación que nace de una profunda amistad hasta los referidos al mundo académico, literario en general[17].

---

de febrero, 21 y 29 de marzo de 1862 y "Sobre La nueva edición del *Quijote* que se publica en Edimburgo", *La Ilustración Española y Americana*, XLII: 2 (15 de agosto de 1898), pp. 87-90.

[16] *Consideraciones sobre el Quijote. Discurso escrito por encargo de la R.A.E. para conmemorar el tecer centenario de la publicación del Quijote, leído por don Alejandro Pidal y Mon en sesión celebrada el 8 de mayo de 1905, presidida por su majestad el Rey*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1905.

[17] Sirva de testimonio las impresiones extractadas del corpus epistolar publicado a mediados del siglo pasado por M. F. de Pereda y E. Sánchez Reyes: "Las alegrías y las tristezas en sus hogares, los triunfos y las desilusiones fuera de ellos, todo lo comparten, todo lo celebran o lo lamentan juntos […] Leyendo esta correspondencia se puede también seguir casi día a día a Menéndez Pelayo en sus viajes por el extranjero, conocer sus afanes estudiosos, sus ansias de saber, sus proyectos, el momento y la ocasión en que van saliendo a luz sus obras, sus ilusiones juveniles y sus desengaños

De este denso epistolario existente entre ambos tenemos noticias de que el padre de don Marcelino sería el eje central de sus primeros encuentros, actuando como mentor en las iniciales veleidades poéticas de don Marcelino, como en la carta fechada el 1 de enero de 1873 en la que su padre le comunica que ha hablado "con Pereda, que está disgustado por lo que tardan en publicar tus poemas" (Revuelta, 1982, I: 35). Desde la primera carta conservada que don Marcelino escribe desde Lisboa (octubre de 1876) hasta el año del fallecimiento de Pereda (1900) –recordemos las sentidas y emotivas palabras pronunciadas por don Marcelino en la velada necrológica en honor de Pereda que tuvo lugar en el Teatro Español de Madrid, el 23 de abril de 1916-, el epistolario se nutre de numerosísimos datos que permiten el puntual seguimiento de los proyectos y publicaciones de Pereda. Las referencias a su obra literaria en el epistolario son abundantísimas. De forma gradual van apareciendo títulos en consonancia con el ritmo de publicación o edición de sus obras, hilvanándose la reflexión y comentario con la cadencia de la publicación (González Herrán, 1983). De esta forma conocemos los comentarios relativos a *Bocetos al temple, El buey suelto, Don Gonzalo González de la Gonzalera, Tipos trashumantes, Esbozos y rasguños, El sabor de la tierruca, Pedro Sánchez, Sotileza, La Montálvez, La Puchera*… El ritmo cronológico de la publicación se engarza con la carta escrita, insertada en el contexto histórico y literario en el que se publica. Otro tanto sucede con las cartas que dan a conocer aspectos biográficos y literarios de Menéndez Pelayo, sus estudios, premios, condiscípulos, viajes… Conocimiento también de sus obras en consonancia, en la mayoría de las ocasiones, con el ritmo de publicación, como las tempranas referencias en su epistolario relacionadas con las publicaciones de don Marcelino, sus traducciones, impresiones académicas en su etapa universitaria o sus ideas y proyectos literarios. De igual forma su percepción de las nuevas corrientes estéticas del último tercio del siglo XIX y sus opiniones sobre los escritores de la época pueden ser conocidas e interpretadas con exactitud en las cartas conservadas entre ambos corresponsales, aunque en ocasiones el matiz, la percepción de una misma obra pueda ser sutilmente distinta si el re-

en la madurez […] Hay además una curiosidad muy interesante en esta correspondencia. Aquel decir desgarrado de Pereda, su garbo y zumba para lo propio y lo ajeno, lo mismo para *Los Herejes* o *El rumiante* que para *los de la cáscara amarga y los espíritus fuertes* o la gente del *toma y daca* parece que se le contagia a veces a Menéndez Pelayo (Pereda y Sánchez Reyes, 1953: 8-11).

ceptor de la carta no es Pereda, como en el caso de la correspondencia que don Marcelino mantuvo con Valera. Es decir, la poliédrica personalidad vista desde múltiples corresponsales que nos permiten conocer con precisión la trayectoria vital del escritor.

Al margen de los epistolarios, ineludibles en cualquier estudio o aproximación al análisis de la obra perediana, don Marcelino publicó una serie de trabajos que no sólo se circunscriben a un aspecto determinado de su obra, sino a varios, desde su estilo, fuentes e intencionalidad estética hasta su ideología y peculiar tradicionalismo. Reflexiones críticas que no siempre se enmarcan en un preciso artículo o estudio dedicado sólo y exclusivamente a su producción literaria, sino también en reflexiones eruditas dedicadas a otros escritores y en donde se analiza a Pereda como un referente del género en cuestión estudiado, como en el caso de sus *Estudios críticos sobre escritores montañeses. Don Telesforo de Trueba y Cosío* (1876), en el que a pesar de no citar a Pereda implícitamente todo indica que trata de él, de sus cuadros de costumbres:

> Y en el momento en que escribimos, ¿no posee la provincia de Santander tres escritores que sin recelo de quedar vencida puede oponer a los más celebrados de otras comarcas españolas? Sus nombres son harto conocidos en el mundo de las letras para que sea preciso repetirlos […] Es autor, el segundo, de deliciosos cuadros de costumbres montañesas, ricos de espontaneidad y frescura, animados por una poderosa e ingénita *vis cómica* y por un natural desembarazo que a veces faltan en las descripciones del carácter de otras provincias trazadas por nuestras plumas contemporáneas (1942, IV: 95).

Otro tanto sucede en su estudio dedicado a Amós de Escalante, publicado por primera vez en el año 1907[18] que tras elogiar al citado escritor, considerado por Menéndez Pelayo como precursor del romanticismo español, reserva sus juicios supremos para la obra de Pereda. Idéntico caso sería al estudio que don Marcelino dedica a la poesía de Casimiro del Collado (1880) en cuyo prólogo a él debido no sólo elogia los versos

[18] Reflexiones encomiásticas de don Marcelino que se perciben con claridad en el siguiente texto: "Pero a ingenios de otra valentía y de temple más castizo que el anglohispano Trueba y Cosío, estaba reservado el producir la genuina novela montañesa, descubriendo y aprovechando la varia y generosa poesía esparcida, manifiesta u oculta en las antiguas leyes, en las costumbres, en las memorias y el paisaje sublime de su nativa tierra" (1942, VI: 210).

de Trueba, Camporredondo y Laverde, entre otros, sino también el "desenfadado y gallardísimo narrador de las aventuras del Jándalo y donoso realista parodiador de la poesía bucólica en *Los pastorcillos*, don José María de Pereda (1946, V: 208). Idéntico caso será la reflexión sobre Pereda inserta en su prólogo a la novela *Los Mayos*, de M. Polo y Peyrolón (1878), que tras reprochar a su autor por su pudibunda moralidad y su severa seriedad, le insta a que tome como ejemplo a José María de Pereda, "eminentísimo novelista, que con ser católico a marchamartillo, y de sanas tendencias en todo, no deja por eso de ser uno de los escritores más alegres, regocijados y amenos que conozco" (1942, V: 107).

Los comentarios de don Marcelino sobre la obra de Pereda son copiosísimos (Clarke, 2009: 193-213). Sus publicaciones eran aplaudidas por el propio Menéndez Pelayo desde las páginas de los periódicos y revistas literarias. El epistolario existente entre ambos y las noticias de otros corresponsales permiten conocer con precisión puntual la gestación de sus obras, reacción de la crítica coetánea y reflexiones desde distintos puntos de vista materializadas tanto en el epistolario como en los artículos de prensa[19]. El análisis de Menéndez Pelayo a la obra de Pereda atañe tanto a los cuadros de costumbres como al corpus novelesco que mayor nombradía diera a Pereda. Su análisis sobre *Bocetos al temple*, volumen en el que figuran sus primeros ensayos de novelas –*La mujer del César, Los hombres de pro* y *Oros son triunfos*–, desgrana los valores del arte narrativo de Pereda, en consonancia con lo asumido y demandado por Menéndez Pelayo, dilucidando sobre la eterna disputa entre *realismo* e *idealismo*. Para don Marcelino la crítica distorsiona los conceptos, el estilo, la frase hasta identificar *realismo* con la descripción y representación grosera de los vicios y maldades del ser humano. Lo real y lo ideal se disputan el dominio del arte, inspirando en el sentir de Menéndez Pelayo "alternativamente creaciones, al parecer opuestas, y es hoy lastimoso error, de sobra común, presentar como antitéticos y repulsivos entrambos términos, y aun interpretarlos falsa e inadecuadamente" (1942, VI: 332). Para don Marcelino sólo en géneros faltos y artificiales

[19] Analizar todos estos aspectos de Pereda desviaría por completo la intención de esta visión de don Marcelino de la gran novela, de los escritores maestros, de la segunda mitad del siglo XIX. Para ello remitimos al lector y estudioso de la obra perediana a las excelentes introducciones de especialistas de su obra que analizan todos estos aspectos y que permiten reconstruir desde la gestación de una obra hasta la recepción crítica y análisis de las mismas: (Clarke y González Herrán: 1989-2009)

se puede concebir la desunión o desaparición de lo *real* y de la *idealidad* en el arte. El *realismo* nos conduciría a la escuela prosaica del siglo XVIII, a los poemas descriptivos a la manera del *Observatorio Rústico*, de Salas, o a los tratados de medicina. El falso y necio *idealismo*, en opinión de Menéndez Pelayo, tiene por forma y tipos la poesía bucólica, la tragedia francesa de alto coturno, estirada y rígida cuyos personajes no pertenecen a ninguna época social, y la novela sentimental. En su opinión la distinción entre *realismo* e *idealismo* debe permanecer en la ciencia, pero en el arte consiste en ver lo *ideal* en el seno de lo real: es la *realidad idealizada*. El Sancho cervantino "es tan *real* que nos parece verle, y conversar familiarmente con él, y es, sin embargo, la *idealización* poderosa y admirable de una fase del espíritu humano" (1942, VI: 333). Es evidente que don Marcelino asume lo expuesto por Valera tanto en sus estudios sobre la novela publicados en la prensa como en el copioso epistolario que ambos mantuvieron. Intencionalidad y concepción de la novela que también se refleja en los prólogos que figuran al frente de sus novelas, como en el caso, entre otros, de *Juanita la Larga*. Con no poca sorna don Marcelino se mofa de los tics caracterizadores del Naturalismo, de los críticos y novelistas que definen el arte con expresiones tales como *pintor de género, gran fotógrafo, sarcástico, pesimista*[20].

Pereda es en opinión de don Marcelino el maestro del costumbrismo, muy superior a Mesonero Romanos y a Estébanez Calderón. Sus *Bocetos al temple* son "un libro de oro", que rezuma frescura, donaire, espontaneidad y nervio de estilo, sin atildamientos cortesanos, sin servil semejanza a los modelos extranjeros y con una vigorosa savia del *provincialismo*. Las dos series de las *Escenas Montañesas* son para don Marcelino lo más selecto de su obra, consciente de que dicha reflexión

[20] Para don Marcelino, Pereda es *realista*, como debe serlo el escritor de costumbres, como el artista que expresa ideas o sentimientos auténticos y humanos, porque tan *real* es la idea o el sentimiento como el hecho: "El señor Pereda no es *fotógrafo* grande ni chico, porque la fotografía no es arte, y el señor Pereda es un gran artista. La fotografía reproducirá los calzones rotos, la astrosa camisa y la arrugada y curtida faz del viejo marinero santanderino, pero sólo el señor Pereda sabe crear a *Trementorio*, reuniendo en él los esparcidos rasgos, infundiéndole con potente soplo, vida y alma, y dando un nuevo habitador al gran mundo de la fantasía. Esa pretendida exactitud fotográfica es el grande engaño del arte, la gran prueba del poder mágico del artista: sus personajes no están en la *realidad*, pero pueden estarlo, son *humanos*, nos parece que viven y respiran, son la idealización de una clase entera, la *realidad idealizada* que Milá recomienda" (1942, VI: 333-334).

no sería refrendada por muchos sectores. En su opinión Pereda supera en sus cuadros de costumbres no sólo a los modelos literarios anteriormente apuntados, sino que entronca también con la ilustre tradición del costumbrismo literario que tiene su punto de partida en el cuadro cervantino *Rinconete y Cortadillo*. Item más, las *Escenas* de Pereda, al margen de sus motivos personales, constituyen lo más granado de su prosa, admirando "más en Pereda al autor de bosquejos y cuadritos del género que al de novelas largas, y entre las escenas cortas, todavía doy la preferencia a las de costumbres campesinas" (1942, VI: 360).

En su estudio a la obra de Pereda, don Marcelino insiste con no poca frecuencia en su concepción de la novela, al rechazo del Naturalismo y a su visión, estudio y crítica de la novela naturalista francesa. Asienta las bases de sus lecturas e interpretaciones a fin de situar la obra literaria perediana en su justo lugar. En el *Prólogo* a sus obras podemos ver con nitidez la postura de don Marcelino, sus lecturas e interpretaciones de las novelas de Zola, Flaubert y los Goncourt que, en forma de erudita y amplia digresión, preceden al puntual análisis de sus novelas. Su erudición está unida siempre a sus reflexiones, sean tanto para censurar el estilo o tesis de la novela como para ensalzarla. También son significativos los *silencios* de don Marcelino ante la publicación de una determinada novela de Pereda. Silencio que, evidentemente, se puede identificar como una clara desaprobación de lo publicado. La erudición, pues, asoma con frecuencia en sus críticas, como en el caso de *El buey suelto* en el que don Marcelino hace gala de una erudición que le permite ahondar en el tema desde los orígenes mismo de la literatura clásica, sin descartar los modelos inmediatos o más próximos a la novela publicada por Pereda, aunque sea el relato, en su opinión, más endeble de su producción, pues la citada obra está hilvanada mediante cuadros de costumbres.

Mayor consideración tendrían para don Marcelino las novelas *Don Gonzalo González de la Gonzalera, De tal palo tal astilla, El sabor de la tierruca* y *Pedro Sánchez*, consideradas por Menéndez Pelayo como novelas que pertenecen a su segunda etapa literaria y que se inicia en el año 1878[21]. En la *Postdata* que figura en *Estudios y Discursos de Crítica Histórí-*

[21] De su novela *Don Gonzalo*, de trama sencilla y que comienza con una maravillosa descripción de la tertulia de don Ramón, en palabras de don Marcelino, destaca los cuadros de costumbres que, evidentemente, son obras maestras de la escena costumbrista, como los titulados *La feria de Pedregueño, La romería de Verdellano* y *El festín*. *De tal palo tal astilla*, el libro menos realista de Pereda, en opinión de don Marceli-

ca y Literaria aparece una *Addenda* en la que don Marcelino da noticia de la publicación de seis novelas en los años transcurridos desde la primera edición de este prólogo en "el que el señor Pereda publicó seis novelas más: *Sotileza, La Montálvez, La Puchera, Nubes de estío, Al primer vuelo* y *Peñas arriba*. Como complemento de la historia de sus libros, reproduzco a continuación los tres artículos que escribí sobre la primera, la tercera y la última de estas novelas al tiempo de su aparición" (1942, VI: 376)[22]. Las noticias referentes a *Sotileza* se entrecruzan con el proceso de redacción de *Pedro Sánchez* y en el momento de su aparición Pereda muestra su temor por el silencio de la crítica, tal como le indica en carta a Menéndez Pelayo, pues le comunica que "desde que se puso a la venta en Madrid *Sotileza*, parece que se han conjurado amigos y periódicos para aterrarme con el más absoluto silencio" (Pereda y Sánchez Reyes, 1953: 89).

Los elogios sobre la novela no se hicieron esperar. Al igual que indicara Clarín en su reseña crítica, calificándola de "lo mejor que ha escrito su autor", don Marcelino evidencia su admiración por un tema que le subyugaba: la vida montañesa como asunto adecuado y nobilísimo para el arte. Marco que enriquecido con otros elementos, como su realismo, la captación de la raza cántabra tanto desde la óptica de sus costumbres

no, y *El sabor de la tierruca* el tan decantado pesimismo de las *Escenas Montañesas* ha adquirido un tono benevolente. *De tal palo tal astilla*, que provocó una polémica epistolar y que fue considera por un sector de la crítica como una réplica a la novela galdosiana *Gloria*, es considerada por Menéndez Pelayo como una novela dogmática, enraizada en cuadros y escenas costumbristas de gran valor literario. *El sabor de la tierruca*, novela *sentida* por don Marcelino, es, al igual que la gran mayoría de las novelas peredianas, comentada en el epistolario existente entre ambos.

La acogida felicísima que tuvo su novela *Pedro Sánchez*, cuyo *éxito ruidoso*, en palabras del propio don Marcelino, *la más novela entre las novelas de Pereda*,, en opinión de la crítica, pero para el crítico, el erudito, nada de esto le convence, pues "cada cual tiene sus manías: yo me vuelvo a la *Robla* y a *La Leva* y a *Suum Cuique*" (1942, VI: 373). Sus reflexiones sobre *Pedro Sánchez* y su cotejo con el resto de novelas peredianas publicadas permiten a don Marcelino establecer las líneas maestras de Pereda de forma sucinta y determinante: "Yo , en este caso soy, ante todo, montañés, y quizá me equivocaré y daré a Pereda un mal consejo excitándole, por su gloria misma, a no salir de su *huerto*, y a no hacer caso de los que encuentran limitados sus horizontes, sin salir de ellos, he encontrado la novela política en *Don Gonzalo* y en *Los hombres de pro*; la novela religiosa, en *El sabor de la tierruca*; la novela social , en *Blasones y talegas*, y hasta la más conmovedora tragedia, en *La Leva*" (1942, VI: 372-373).

[22] Los artículos sobre *Sotileza, La Puchera* y *Peñas arriba* se publicaron, respectivamente en *La Época*, 27 de marzo de 1885; *El Correo*, 10 de febrero de 1889 y *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas*, 1893.

como la de sus tipos. Ello le lleva a una idea, a un consejo que no oculta y transmite a su admirado Pereda: "Hazte cada día más *local*, para ser cada día más universal; ahonda en la contemplación del detalle; hazte cada día más íntimo con la realidad, y tus creaciones engañarán los ojos y la mente hasta confundirse con las criaturas humanas" (1942, VI: 378).

Tras el silencio por parte de don Marcelino de las novelas *La Montálvez, Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, emitirá sus reflexiones sobre *La Puchera* y *Peñas arriba*. De la primera confiesa haber realizado un acto de disciplina: leerla como si el autor fuera un extraño. Es decir, objetividad crítica total, imparcial, neutra. Sus impresiones, una vez leído el libro, serán de total elogio, a diferencia de *La Montálvez*, cuyo argumento no se adecuaba ni a su estilo ni a su grandeza. En ello radica el acierto de *La Puchera*, en su argumento, en el idilio enraizado tanto en un contexto rústico como marítimo, en sus cuadros, en sus escenas que entroncan con lo mejor de Pereda. El único lunar de la novela sería la historia de Inés, la del seminarista y del indiano. Salvo este episodio novelesco, *La Puchera* se agiganta y cobra proporciones de suma calidad literaria gracias a la creación de personajes inolvidables, como Lebrato y su hijo, Pilara y Quilino, el médico don Elías, el avaro supersticioso Berrugo… Respecto a *Peñas arriba* don Marcelino manifiesta e insiste en los valores del género novela, en sus reflexiones estéticas sobre el género, adecuando el contenido de la misma en su concepto e idea sobre dicho género, de ahí que *Peñas arriba* sea un gran acierto, pues, en su opinión, no plantea tesis alguna ni basa su éxito gracias a *la alusión* y al *escándalo*, palabras que pudieran tener un referente claro y que nos remitirían a *Pequeñeces*, novela que, como es bien sabido, levantó una gran polémica por ser considerada, fundamentalmente, como una novela *clave*. Pardo Bazán la analizaría en su *Nuevo Teatro Crítico*, al igual que Valera en *Relieves*. La crítica coetánea se enzarzará también en dura polémica por considerarla además como un relato inmoral y de intenciones políticas. Cabe recordar que la novela de Coloma se publicó en 1891 y que el propio don Marcelino felicitó al Padre Coloma por su novela *Pequeñeces* en una carta que sería publicada más tarde por Hornedo en las *Obras Completas* de Coloma (1960). A pesar del tono elogioso de la carta, de callar aquello que no complacía a don Marcelino por respeto y un cierto disimulo por no herir al autor de *Pequeñeces*, don Marcelino evidencia el lastre doctrinal de la novela, su seudocientificismo y su engarce con la política, de ahí los aciertos de *Peñas arriba*, ajena a todos estos ingredientes y ajena de cualquier sutileza ideológica y tendenciosidad.

Frente al ingente material noticioso existente en torno a Valera y Pereda, la figura de Galdós queda relegada a un segundo plano tanto en los epistolarios como en sus reflexiones críticas. Bien es verdad que las referencias a Galdós (Arencibia, 2009: 153-192) se encuentran con cierta profusión en el *Epistolario Menéndez Pelayo y Clarín* (1943), *Epistolario de Valera y Méndez Pelayo (1877-1905)* (1946), *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo* (1953), *Cartas a Galdós* (1964), *Epistolario de Menéndez Pelayo* (1982-1990)… Hasta la edición de este último corpus epistolar, el lector ha tenido acceso en época temprana a la figura de Galdós desde múltiples perspectivas, desde la peculiar visión del corresponsal de don Marcelino hasta su ideario estético. Como erudito, crítico de la obra galdosiana sólo tenemos un testimonio, su *Discurso de contestación al ingreso de Pérez Galdós en la Real Academia, año 1897* (1897). Con anterioridad a esta fecha aparece un reducido corpus epistolar en el que sólo se da cabida a temas formales, relacionados con la Academia o editoriales. De hecho la primera carta que se conserva de don Marcelino, en la que no consta el día en que se escribió, (abril de 1882) trata de forma concisa, al igual que la posterior (10 de noviembre de 1882), de un certamen organizado por la empresa *Arte y Letras* (Doménech y Cía.). Las siguientes abordan también asuntos oficiales, académicos, como el proyectado ingreso de Galdós en la Real Academia Española, recomendaciones, envío de libros o noticias concisa sobre determinadas publicaciones. Es evidente que las noticias más sustanciosas sobre los escritores de la segunda mitad del siglo XIX las encuentra el lector en la correspondencia de don Marcelino existente entre su círculo de amigos íntimos, especialmente con Valera, principal valedor de Galdós ante los ojos de Menéndez Pelayo.

El material noticioso más importante sobre Galdós será, precisamente, su *Discurso* de contestación al ingreso de Galdós en la Real Academia Española, cuyo contenido se comenta en las breves cartas que ambos intercambian, apareciendo también el nombre de Pereda como futuro miembro de la misma[23]. En dicho discurso don Marcelino compara

[23] En la carta de don Marcelino, fechada en Santander, 17 de diciembre de 1896, le comunica a Galdós acerca de los pormenores del discurso de contestación: "Dígame Vd. si quiere que se lo envíe individualmente, para que lo empiecen a componer en la imprenta […] Al mismo tiempo he de decir a Vd. que Pereda, cuyo genio impaciente usted conoce, está impacientísimo por entrar pronto, y desea que Vd. le saque de pena cuanto antes, para que pase poco tiempo entre ambas recepciones" (Revuelta, XIV: 94).

la obra galdosiana con la *Comedia humana* de Balzac, con la popularidad de Lope y Cervantes en su tiempo, en la honda sintonía del escritor con su público. He ahí las claves del discurso de don Marcelino para explicar la ingente obra galdosiana, pues para realizar tamaña empresa ha "empleado sucesiva o simultáneamente los procedimientos de la novela histórica, de la novela realista, de la novela simbólica, en grados y formas distintos, atendiendo por una parte a las cualidades propias de cada asunto, y por otra a los progreso de su educación individual, y a lo que *vulgarmente* se llama el *gusto del público*, para entender la obra del artista y gustar de ella en todo o en parte" (1942, V: 85).

El *Discurso* de don Marcelino está concebido como una extensa digresión erudita, académica, en consonancia con el momento en que se pronuncia. Notas eruditas que le permiten trazar un amplio panorama literario a través de los siglos, con especial detenimiento en la novela dieciochesca y romántica. Panorama si no desolador, sí carente de interés por la falta de auténtica novela de calidad hasta el año 1870, pues "entre ñoñeces y monstruosidades dormitaba la novela española por los años de 1870, fecha del primer libro [*La Fontana de Oro*] del señor Pérez Galdós" (1942, V: 89). Un discurso en el que don Marcelino muestra sus preferencias literarias dentro del género novela, con especial predilección por los relatos debidos a Valera, Pereda y Alarcón, escritores que alcanzaron grandes cotas de calidad literaria gracias a sus obras. Menéndez Pelayo describe la obra galdosiana sin ahondar en exceso, sin matizar cualidades o defectos. Un panorama literario galdosiano que recorre tanto los *Episodios Nacionales* como el ciclo de *Novelas españolas de la primera época* y *Novelas españolas contemporáneas*. Visión en la que incluye sus preferencias (*Gloria, Fortunata y Jacinta*) y animadversiones, como la influencia del naturalismo en Galdós, en su *afrancesamiento* y abrazo a *la escuela naturalista* francesa. Es evidente, en resumidas cuentas, que el análisis de Menéndez Pelayo hay que enmarcarlo dentro de lo que es una exposición de esta índole –el discurso académico-, un razonamiento que en ningún modo puede ser excesivamente conciso, pues aborda una vida entera dedicada a la literatura. Una visión de conjunto en donde don Marcelino aboga siempre por la interpretación de las ocultas relaciones desde una esfera superior, poetizándolas, como diría Valera. Esto sucede en *Fortunata y Jacinta*, hija del ingenio, novela redonda, sublime, cuyo defecto radica, precisamente en "no presentar la realidad bastante depurada de escorias". Una visión de conjunto escrita *ad hoc*, sin aderezos y con evidentes muestra del conocimiento de don Marcelino por la extensa obra galdosiana.

El conjunto de estudios críticos sobre el resto de escritores no es en realidad abundante. Respecto a E. Pardo Bazán cabe destacar que el material noticioso existente en los epistolarios entre don Marcelino y su círculo de amistades es más rico y variado, pues no sólo se circunscribe a aspectos meramente académicos, sino personales y de muy distinto tono y catadura. Perfil poliédrico de doña Emilia que puede percibirse, especialmente, a través de sus reflexiones insertas en el epistolario dirigido a Valera, y complementado con otros corresponsales, como Gumersindo Laverde, por ejemplo, que permiten el trazo fiel de la relación existente entre doña Emilia y don Marcelino. Afortunadamente contamos con estudios (González Herrán, 1986-1987; Patiño, 2009) que ahondan, analizan y escudriñan esta relación epistolar, de ahí que nos limitemos, exclusivamente, a lo publicado por Menéndez Pelayo, a lo editado en vida del autor, y a la referencia de la escritora en determinados artículos. Lo que es claro y evidente en el conjunto de epistolarios publicados en los que aparecen los escritos de don Marcelino es su manifiesta animadversión contra doña Emilia. El cruce de cartas con Valera es en verdad elocuentísimo. Es, en ciertos momentos, despiadado, irónico, burlón, contrario a todo lo que significan sus novelas y escritos sobre el Naturalismo. Muchos de estos aspectos son harto conocidos por los estudiosos de la gran novela española de la segunda mitad del siglo XIX, conscientes de la parcialidad de don Marcelino con doña Emilia. Lo que realmente deseaba el polígrafo, el erudito de doña Emilia era la publicación de monografías como *Estudio crítico de las obras del padre Feijoo* o *San Francisco de Asís*. Esto lo manifiesta con rotundidad en el prólogo a la segunda edición del libro *San Francisco de Asís* (1886), dedicando la mayor parte de su estudio introductorio a reprochar sutil y comedidamente sus *desvíos* naturalistas. El concepto que don Marcelino tiene sobre la inteligencia de la mujer, del sexo femenino, es bien conocido por los lectores de su epistolario, de ahí que no pueda evitar ciertas reflexiones atenuadas sobre su condición de mujer, pues su entendimiento a pesar de estar marcado, precisamente, por su condición de mujer, no constituirá un impedimento para el logro de grandes obras de arte, como en el presente caso: su obra *San Francisco de Asís*.

En dicho prólogo don Marcelino alude a la copiosísima formación literaria, humanística en general, de doña Emilia, calificándola de "prodigiosa cultura intelectual"; sin embargo, en sus cartas a Valera a raíz de la publicación de sus *Apuntes autobiográficos*, se mostrará un tanto zumbón y sarcástico con el bagaje de lecturas que doña Emilia confiesa

haber leído desde niña. Lo realmente interesante es comprobar cómo don Marcelino no puede evadirse de la idea de enjuiciar sólo y exclusivamente la obra prologada, manifestando siempre su repudio a la escuela naturalista y censurando sus artículos sobre la cuestión del naturalismo artístico. Item más, la auténtica Pardo Bazán hay que buscarla en dicha monografía sobre San Francisco de Asís o en sus estudios críticos, como su ensayo sobre el padre Feijoo, no en sus novelas. Don Marcelino es consciente de los vastos conocimientos de doña Emilia, de su talante combativo, de su fuerza, de su carácter batallador y ardiente, dejándose arrebatar por el "torbellino de la moda literaria y ansiosa de no quedarse rezagada y de no pasar por romántica, haya sentado plaza en la vanguardia naturalista, yendo delante de los más audaces y causando cierto mal disimulado temor a sus mejores y más antiguos amigos" (1942, V: 31). Para don Marcelino la postura de E. Pardo Bazán respecto al naturalismo es simple veleidad, que, lejos de ser de independencia, arguyei una auténtica flaqueza crítica y servidumbre. La influencia de Zola y de los Goncourt no se sobrepondrá nunca a los méritos de su libro *San Francisco de Asís*, a pesar de que acepta algunos aspectos de su doctrina estética, lo que no aplaude don Marcelino es la confusión que padecen sus adeptos entre los medios y el fin de la escuela. Don Marcelino cree, o desea creer, que E. Pardo Bazán cambiará su comportamiento en aras del idealismo y de la inspiración cristiana, y que el naturalismo –postizo, artificial y aprendido- cederá a la frescura e irresistible fuerza que motiva el ingenio e inteligencia de la mujer cristiana. El elogio a su monografía es evidente. En una carta don Marcelino confiesa a Pardo Bazán (18-IV-1880) sus deseos ardorosos por conocer su *San Francisco de Asís* (Freire, 1991: 62-63), consciente de que se trata de un libro excelente, escrito con conocimiento de causa. Los elogios sobre la obra de doña Emilia son múltiples pero, fundamentalmente, atienden tanto a la evocación y reconstrucción del pasado como de la humanización de los personajes, sin caer en la materialización. Evidentemente don Marcelino no puede sustraerse a la mención de posibles fuentes artísticas, de los biógrafos directos de la Orden franciscana y obras hagiográficas clásicas, como *Santa Isabel de Hungría* y *Poetas franciscanos*, de Montalembert y Oznan, respectivamente. Modelos que si bien no empañan en absoluto la obra de doña Emilia tampoco superan desde el punto de vista de la investigación y erudición a sus modelos, especialmente en el capítulo referido a los poetas franciscanos. Reflexiones, pues, vacilantes. A veces elogiosas; en otras, censorias. Lo que percibe el lector, en definitiva, es la prevención

de don Marcelino por la escritora gallega, por su obra novelística, por su alejamiento del idealismo y de la inspiración cristiana.

Los estudios críticos de don Marcelino sobre el resto de escritores pertenecientes al realismo-naturalismo brillan, prácticamente, por su ausencia. La información la debemos buscar en los epistolarios, pues a diferencia de los escritores analizados con anterioridad, don Marcelino no publicó ningún trabajo sobre sus obras. Sería el caso, por ejemplo, de Clarín, Coloma, y Palacio Valdés, que a pesar de su trascendencia e importancia como novelistas sólo ligeras referencias en sus artículos pueden aportar algún material noticioso al investigador. El primer corpus epistolar entre don Marcelino y Clarín nace de forma dispersa y con aportaciones interesantísimas sobre esa relación, como el titulado *Marcelino Menéndez Pelayo-Leopoldo Alas (Clarín)*[24] (1941 y 1943). Cabe señalar también el conjunto de cartas publicado por Enrique Sánchez Reyes[25] (1953) y, evidentemente, el ya citado y utilizado *Epistolario* editado por Manuel Revuelta Sañudo (1982-1990). Recientemente se ha publicado une estudio sobre la relación entre Clarín y Menéndez Pelayo que ahonda en aspectos íntimamente unidos con la cultura española del siglo XIX (Sotelo, 2009: 113-152). La primera carta de Clarín –una carta abierta, pues se publicó en *El Solfeo*, 29 de noviembre de 1876- inicia el proceso o intercambio de reflexiones literarias que tendrían una extensa duración aunque interrumpida por un largo espacio de tiempo. No fue, desde luego, un intercambio epistolar fluido, ágil, intimista, a la manera de la correspondencia con Valera o Pereda, sino preventivo, distante en un principio, aunque siempre cortés y reflexivo. El artículo-carta, "Polémicas,

[24] Corpus epistolar formado por dos volúmenes: *Clarín-Menéndez Pelayo I* (1941) y *Clarín-Menéndez Pelayo II* (1943). Precisamente en este segundo volumen se publica la carta de don Marcelino a Clarín comunicándole sus impresiones tras la lectura del primer volumen de *La Regenta* (Madrid, 23 de febrero de 1885).

[25] El epistolario publicado por Enrique Sánchez Reyes (1953: 104-114) recoge un total de cuatro cartas y una tarjeta de visita sin fecha, en la que Clarín solicita concertar una cita con don Marcelino. El material noticioso de las cuatro cartas abarca el periodo comprendido entre el 3 de febrero de 1886 y el 15 de junio de 1895. En él se da cuenta de la publicación de *Pipá, colección de noveluchas y cuentos*, en palabras de propio Clarín y del inicio de "una cosa que se llama *Su único hijo*. No sé si coincidiré algo con los *tontos cristianos* de algunos rusos que no he leído todavía" (Sánchez Reyes, 1953: 112). El resto del epistolario se refiere a las conferencias en el Ateneo de Madrid y a su actitud ante el rechazo de la Real Academia Española a la candidatura de Galdós.

indicaciones y proyectos sobre la ciencia española, por don Marcelino Menéndez Pelayo", analiza el contenido del libro homónimo al artículo publicado sin fecha por la imprenta madrileña Víctor Sáiz, con un prólogo de Gumersindo Laverde. Clarín se dirige a él como amigo, condiscípulo y admirador, agradeciéndole la publicación de su obra forjada por la inteligencia y sabiduría. Clarín le reprocha, sin embargo, varios aspectos de la citada monografía, pues no recorre el camino adecuado para defender la tradición científica española, ya que para Clarín la ciencia, antes que ciencia nacional, es obra humana. Esto, señala de nuevo Alas, "no es decir que los esfuerzos de usted por restaurar nuestra literatura científica no estén en su lugar, pero ¿qué falta hacía burlarse del Ateneo y de las revistas?" (Revuelta, 1982, II: 220).

Si bien es verdad que elogia el esfuerzo de don Marcelino por desempolvar y escudriñar una legión de escritores olvidados, le reprocha el concepto que de la filosofía tiene, pues no la observa como articulo de primera necesidad, ni la considera como bien prioritario, como cuestión de vida o muerte para el espíritu, pues lo que más le atrae de la filosofía es la historia y, especialmente, su aspecto literario, la erudición, su referente bibliográfico. Incluso le reprocha su intención, pues por defender la ciencia patria del pasado desprecia la del momento actual. Clarín no está de acuerdo con sus valoraciones, ya que no considera a Moreno Nieto inferior a Foxo Morcillo. Le insta a don Marcelino a que niegue "rotundamente las afirmaciones de ese mismo señor Revilla [Manuel de la], quien escribía no hace mucho que el positivismo empezaba una brillante carrera en España" (Revuelta, 1983, III: 220). Item más, le reprocha determinadas ausencias y enfoques de su libro *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*, pues no discierne, no reconoce aspectos fundamentales imbricados con la ciencia, con su historia: "Pero distinga usted, por Dios, usted que sabe tanto latín y argumentar como se hacía en las escuelas. ¡Y aquello de la *Analítica*, y de la jerga krausista! Parece imposible que usted caiga en semejantes vulgaridades" (Revuelta, 1982, II: 220).

Es evidente que esta carta-artículo –que nos recuerda al periodismo ilustrado que adopta la forma epistolar, al igual que Larra y publicaciones de finales del primer tercio del siglo XIX– no debió agradar a don Marcelino. De hecho, si excluimos la carta abierta publicada en *El Solfeo*, la primera epístola que se conserva entre ambos y que supone el inicio de una correspondencia no muy fluida, corresponde, por parte de Clarín, al 24 de febrero de 1883, y en la que atañe a don Marcelino, al 23 de

febrero de 1885. Es decir: varios años después de la crítica y censura de las reflexiones de Clarín a la obra de don Marcelino. Prueba evidente del agravio sufrido por la crítica clariniana.

El segundo artículo que Alas publica sobre don Marcelino corresponde a la fecha del 3 de junio de 1879. Su título: "Cartas de un estudiante. Marcelino Menéndez Pelayo". El artículo supone un complemento o respuesta a las censuras que provocó el libro de García Romero *Apuntes para la biografía de don Marcelino Menéndez y Pelayo* (1879), una semblanza tejida desde el conocimiento y el cariño hacia su persona. Etopeya que no nace desde la secta partidista, literaria o ideológica, sino desde la más clara objetividad, subyugada, en este caso, por la admiración del que se siente entusiasmado condiscípulo del erudito Menéndez Pelayo. Admiración que nace por los conocimientos que don Marcelino tiene de la cultura greco-latina a pesar de haber recibido una enseñanza huera, vacía y pedante de sus profesores de griego y latín. Un Menéndez Pelayo que escudriña el pasado como nadie con anterioridad había sido capaz. Hombre de una generación vigorosa y fresca que ve a través de los códices carcomidos, desde la bibliofilia, la historia viva de Grecia e Italia. La admiración de Alas por don Marcelino es proverbial, pues en sus conclusiones y tras emitir una interrogante retórica sintetiza esta semblanza de la siguiente forma: "¿Qué adónde voy a parar? A Menéndez Pelayo, ni más ni menos. Ese espíritu del clasicismo lo representa ahora, entre nosotros, el joven santanderino, y acaso él sólo lo comprende y siente como es menester para hacerle fecundo" (Botrel-Lissorgues, 2003, VI: 152). Quince años más tarde Clarín publicaría un artículo en el periódico *La Publicidad*, 19 de febrero de 1894, unos apuntes tejidos por los recuerdos e impresiones de Clarín y por los datos que el propio Menéndez Pelayo envía a Clarín para la confección de dicha biografía (Marañón-Alas, 1943: 217-227). Alas entreteje y engarza los datos enviados con sus impresiones, con su percepción y conocimiento del intelectual, del investigador. Pese a haber transcurrido quince años la admiración es la misma y su contento aún mayor, si cabe, por la madurez ideológica, por la conciliación de ideas y por la cimentación de su saber..

El tercer artículo que Alas publica con referencias a don Marcelino se remonta al 25 de junio de 1879, casi tres años más tarde de la ya citada carta-abierta en la revista *El Solfeo*. No hay que perder nunca el punto de vista que persigue dicha publicación, pues se subtitula *Bromazo periódico para músicos y danzantes*. Desde esta perspectiva, satírica y humorística, Clarín adopta un tono burlón sobre los juicios críticos emitidos por

Antonio de Valbuena por sus reflexiones sobre Pereda. Juicios denigrantes que molestan profundamente a Alas:

> En la *Ciencia Cristiana*, revista que yo no leo (Dios me libre), ha visto la luz un artículo que copia *El Siglo Futuro* (que sí leo, y a mucha honra). En el tal artículo, con motivo de elogiar una obra del señor Pereda, se pone al señor Menéndez Pelayo como chupa de dómine. El autor de la invectiva es el señor don Antonio de Valbuena –muy señor mío–, que no sé si es cura, pero que lo parece. Si es presbítero, efectivamente, como creo, o he olido mal, dispense si no le trato con todos los miramientos con que le trataría si supiese a ciencia cierta que lo era. Digo esto porque el señor Ferreiroa, a quien yo tuteaba, me salió cura, y desde entonces, en cuanto veo a un neito [neo-católico], me digo: ¡este es podenco! (Botrel-Lissorgues, 2003, VI: 174)

Alas considera una afrenta, un insulto que Valbuena censure a don Marcelino por elogiar la novela *Don Gonzalo González de la Gonzalera* por no ser una novela de tesis, por no encerrar un propósito, por ser una novela que no demuestra absolutamente nada:

> Por supuesto que la tesis de Su Ilustrísima Valbuena (quien sabe si será obispo) no puede ser más peregrina. Dice que un autor cristiano no puede escribir sin proponerse demostrar algo. Lope de Vega era cristiano; Villaviciosa era cristiano, ¿qué demuestran la *Gatomaquia* y la *Mosquea*? Tirso era cristiano, ¿qué demuestra *Marta la Piadosa* o *El Vergonzoso en Palacio*? Moreto era cristiano, ¿qué demuestra *El desdén con el desdén,* como no sea alguna tesis erótica? Cervantes era cristiano, ¿qué demuestran *Rinconete y Cortadillo* y el *Diálogo de los perros*? Y así hasta lo infinito, o cerca. También dice Valbuena (quizá sea paisano) que la novela no apareció hasta que la inventó el *Cristianismo*. Por lo visto, en Grecia no hubo novela, ni sobre la novela en Grecia se han escrito (y muy recientemente) libros muy notables. Y en Roma pagana ¿no hubo novela? Que se lo diga al crítico de sacristía el señor Menéndez Pelayo. (Botrel-Lissorgues, 2003, VI: 175).

Sutiles y acertadísimas palabras de Alas que conocía honda y cumplidamente el ideario estético de don Marcelino, siempre reacio a que la novela llevara implícitamente una tesis. Toda su crítica se muestra adversa al naturalismo, a su preceptiva, al igual que a la llamada novela de tesis. La lectura de los juicios críticos de don Marcelino insertos tanto en su epistolario como en la crítica de la novela perediana insisten en estos aspectos. El citado *crítico* Valbuena desconocía, a diferencia de Alas, las

reflexiones de don Marcelino, reflexiones que en este preciso contexto eran acertadísimas. Sin embargo, esto no es óbice u obstáculo para que en ocasiones futuras censure a don Marcelino por sus errores o parcial visión de los hechos, como en el caso de su reseña crítica *Novedades literarias* publicada en *La Diana* el 16 de julio de 1882. Alas reprocha la visión que don Marcelino ofrece en los últimos capítulos de su *Historia de los heterodoxos*, tejida a la manera de un Torquemada, convirtiendo la historia en un libelo, como si sus páginas fueran arrancadas de una colección de *El Siglo Futuro*. Clarín fustiga en su artículo "El libro de Menéndez Pelayo. Breve resumen de los últimos capítulos de los *Heterodoxos Españoles*", publicado en *El Progreso* (1882), la visión que Menéndez Pelayo ofrece, pues ha realizado una valoración injusta, ciega, carente de talento y nula objetividad. Le acusa desde todos los ángulos, desde la defectuosa disposición de los capítulos con sus materias correspondientes hasta la falta de criterio y parcialidad en la exposición de las ideas. Clarín rebate y rectifica a don Marcelino puntualmente desde lo que atañe a la Filosofía y su estudio hasta las reflexiones histórico-críticas más actuales y representativas. No sabe, en opinión de Alas, interpretar la escuela krausista, y juzga a los intelectuales y filósofos de forma sesgada, parcial e injusta. Desprecia a Giner, Salmerón, Canalejas, Castelar y, sin embargo, aplaude a escritores extranjeros, como en el caso del escritor P. Gener, autor de la obra *Contribution à l'étude de l'evolution des idees. La mort et le diable*. El propio Alas lanza la siguiente interrogante ante tal cúmulo de despropósitos emitidos por Menéndez Pelayo:

> ¿Hace falta decir que vuelve a caer Pelayo en lo trivial, vulgar, aburrido por culpa de su pasión? Si Castelar fuera ultramontano ¡qué elogio escribiría el autor de los *Heterodoxos*! – Diría de fijo que aquella era la belleza clásica, aquel el genio español en toda su pureza, con las mismas grandes cualidades con que había brillado en la Roma de los césares y en todo el curso de nuestro gran renacimiento de tantos siglos (Botrel-Lissorgues, 2003, VII: 182)

El panorama crítico sobre la novela que ofrece don Marcelino será para Clarín desolador, pues le ciega la pasión, el sentimiento, obstáculo que le impide ver el mismo talento de Galdós e interpretar de forma sesgada e imparcial la gran novela francesa –Balzac, Flaubert, Zola– y española. La conclusión a la que llega Alas es áspera, desmesurada, pues da un remate que haría mella en el ánimo de Menéndez Pelayo: "Yo quisiera ver a Menéndez Pelayo examinando con datos suficientes el movimiento

contemporáneo de las letras; quisiera verle, pero si prescindiese de su dogmatismo, porque por el camino que lleva no tardará en proponer que se traslade su amada Inquisición al Parnaso" (Botrel-Lissorgues, 2003, VII: 184).

Es evidente el silencio de don Marcelino tanto en sus artículos dados a la prensa como en sus cartas dirigidas a Clarín. Correspondencia que, sin embargo, es siempre respetuosa y amistosa, poco distante. Las cartas escritas por Clarín desde Zaragoza y Oviedo marcan esta amistosa relación epistolar que se inicia al año siguiente de estas demoledoras críticas. El 24 de febrero de 1883 solicita a don Marcelino su libro de *Poesías*, anunciándole que le publicaría un artículo sobre ellas. Afecto y cordialidad que se repite en la carta del 1 de marzo del mismo año y que no se interrumpe hasta el final de la correspondencia. En la carta del 12 de diciembre de 1884 el criterio de Alas en nada se asemeja a lo vertido en sus críticas anteriores:

> También le agradezco a Vd. su buen deseo de que Dios me lleve a sus ideas. Las más me hacen creer que en lo que más me importa, pensamos lo mismo […] Si no ve ningún artículo crítico mío hace tiempo elogiando sus trabajos literarios, no lo achaque a pereza; es que *me han echado* con buenos modos de todos los periódicos de alguna circulación donde escribía (Regalado, 1984, VII: 16-17).

De todo este intercambio epistolar lo más interesante desde el punto de vista de la crítica serían las cartas que don Marcelino escribe a Alas sobre sus opiniones acerca de *La Regenta* y *Su único hijo*. Precisamente la primera carta que se conserva de don Marcelino a Clarín, 23 de febrero de 1885, es la que contiene el mayor material noticioso suyo sobre el primer tomo de la novela clariniana. Para don Marcelino el estilo es perfecto, maduro, amplio, con numerosos registros. Es también precisa y minuciosa la narración y los diálogos muy sabrosos. Respecto a los personajes don Marcelino ofrece el anverso y reverso de la moneda. Por un lado, los secundarios, juzgados con el calificativo de excepcionales, a la altura de un Balzac o un Flaubert; los protagonistas –El Magistral y La Regenta–, complicados y *compuestos*, menos reales, menos próximos a la realidad. Le reprocha los tonos crudos de la sociedad vetustense, pues "ha idealizado un tanto la composición de aquellas gentes que, según yo me las imagino, deben ser más soporíferas y vulgares que perversas" (Regalado, 1984, VII: 87). Los elogios de don Marcelino se vierten también gracias a

la ausencia de elementos naturalistas, lo cual, como indica el propio Menéndez Pelayo, "en boca mía es un elogio". Le reprocha, finalmente, los rasgos volterianos que subyacen en la novela y las descripciones sobre el clero, motivo este último poco adecuado para la novela de costumbres. Años más tarde, 16 de septiembre de 1891, la crítica de don Marcelino asoma en su epistolario con Clarín juzgando la novela *Su único hijo* como un relato duro, despiadado y saturado de tristeza *decadentista*.

El resto del epistolario conservado adquiere menor importancia desde el punto de la crítica literaria, pues atiende a temas académicos, profesionales y familiares. No faltan tampoco cartas de recomendación o peticiones de libros. Conjunto, en definitiva, que se complementa con lo publicado por Clarín en la prensa y que permite concebir esta amistad y relación profesional de forma gradual: amistosa y de admiración por parte de Clarín en sus inicios; de censura y crítica durante los años de publicación y análisis por parte de la crítica de la *Historia de los heterodoxos*, y una última fase de mayor comprensión y tolerancia mutua, tal como se percibe en las últimas cartas y en el artículo publicado en *La Publicidad* (19 de febrero de 1894) con motivo de una semblanza sobre Menéndez Pelayo.

Las reflexiones críticas referidas al resto de escritores pertenecientes al realismo-naturalismo son escasas y de un interés relativo. Así, por ejemplo, las concernientes a Coloma ofrecen un cierto interés para desvelar algunos motivos de su novela *Pequeñeces*, como en la carta que don Marcelino escribe a Pierre Henry Cazac, 24 de enero de 1892. Incluso en la correspondencia de Menéndez Pelayo con Gumersindo Laverde se alude a la obra de Coloma, cotejándola con *La Montálvez* de Pereda. Reflexiones puntuales en consonancia con el ideario estético de don Marcelino, al igual que las referencias cruzadas en su epistolario sobre Palacio Valdés, como en las cartas dirigidas a Valera, Laverde o Pereda. De todas formas cabe resaltar que cada corresponsal mantiene una línea específica. Por ejemplo, para el conocimiento de los entresijos de la Real Academia Española es fundamental la correspondencia entre don Marcelino y Valera, aunque sin descartar otros temas de vital importancia, como los referidos al Naturalismo. Las múltiples referencias a Octavio Picón o a Palacio Valdés van en esta dirección, en un posible ingreso en la Academia. Casualmente Palacio Valdés sería elegido académico en 1906 para ocupar la vacante producida por la muerte de Pereda. Referencias críticas sucintas sobre las novelas de estos escritores que nunca alcanzaron un valor relevante para el historiador de la literatura, aunque sí para conocer

el valor que el propio don Marcelino les concedía[26]. De este conjunto, pues, de la fusión entre la epístola y el artículo de crítica, el anverso y reverso de Menéndez Pelayo, podemos extractar su visión sobre la gran novela española de la segunda mitad del siglo XIX.

Enrique Rubio Cremades
Universidad de Alicante

[26] Sería, por ejemplo, la carta que Menéndez Pelayo escribe a Juan Valera comunicándole su impresión sobre el panorama periodístico español: "Aquí salen pocos libros. Armando Palacio Valdés acaba de publicar una novela en dos tomos. He leído el primero y me parece tibio y descolorido. Veremos si se levanta en el segundo. A. Palacio tiene talento y huye de los excesos naturalistas, pero no de sus pesadeces y trivialidades. Aspira a copiar la vida sin omitir detalle, y llena sus libros de fárrago" (Regalado, 1985, VIII: 294)

BIBLIOGRAFÍA

ALAS, Adolfo (1941), *Clarín-Menéndez Pelayo: "Clarín", seud. de Leopoldo Alas: Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés. Epistolario a Clarín. Prólogo y notas de*, Madrid, Escorial.

ALAS, Adolfo (1943), *Clarín-Menéndez Pelayo: Menéndez Pelayo, Marcelino: M. Menéndez Pelayo-Leopoldo Alas ("Clarín). Epistolario. Prólogo de G. Marañón. Notas de*, Madrid, Escorial, 1943.

ALAS, Leopoldo (1882), "El libro de Menéndez Pelayo. Breve resumen de los últimos capítulos de los *Heterodoxos Españoles*", *El Progreso*, 30 de octubre, 30 de noviembre y 8 de diciembre.

ARENCIBIA, Yolanda (2009), "Menéndez Pelayo y Galdós", en *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX*, Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 153-192.

ARTIGAS FERRANDO, Miguel y Pedro SAINZ RODRÍGUEZ (eds.) (1946), *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, Espasa-Calpe.

BOTREL, Jean-François e Yvan LISSORGUES (eds.) (2003), *Leopoldo Alas. Obras Completas. Artículos*, Oviedo, Ediciones Nobel, VI.

CLARKE, Anthony H. (2009), "Pereda en busca de la novela: el papel de (Don) Marcelino", en *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX,* Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo pp. 193-213.

CLARKE, Anthony H. y José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN (eds.) (1989-2009), *Obras Completas de José María de Pereda*, Santander, Ediciones Tantín, XI vols.

COLLADO, Casimiro de (1880), *Poesías. Prólogo de don M. Menéndez Pelayo*, Madrid, Fortanet.

COLOMA, Luis (1960), *Obras Completas. Estudio biográfico y critico de Rafael María de Hornedo*, Madrid, Razón y Fe y El Mensajero del Corazón de Jesús.

ESCALANTE, Amós de (1907), *Poesías. Edición póstuma precedida de un estudio crítico por D. M. Menéndez Pelayo*, Madrid, Vda. e Hijos de Tello. [Poesías bajo el seudónimo *Juan García*].

FREIRE LÓPEZ, Ana María (1991), *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán (1878-1883). Introducción, edición y notas de*, La Coruña, Fundación "Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa".

GARCÍA ROMERO, Miguel (1879), *Apuntes para la biografía de don Marcelino Menéndez y Pelayo*, Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado [Monografía en la que figura un retrato de Menéndez Pelayo grabado por Maura].

González Herrán, José Manuel (1983), *La obra de Pereda ante la crítica de su tiempo*, Santander, Ayuntamiento-Ediciones Estvdio (Colección "Pronillo").

González Herrán, José Manuel (1986-1987), "Emilia Pardo Bazán en el Epistolario de Menéndez Pelayo", *Cuaderos de Estudios Gallegos*, 101 (1986-1987), pp. 325-342.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1876), *Estudios críticos sobre escritores montañeses. Tomo I: Trueba y Cosío*, Santander, Telesforo Martínez.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1877), *Horacio en España (Traductores y comentadores. La poesía horaciana). Solares bibliográficos*, Madrid, Casa Editorial de Medina, s. a.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1885), *Notas a "Canciones, romances y poemas" de Juan Valera*, Madrid, Tello.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1897), *Discurso de contestación al de ingreso de B. Pérez Galdós en la Real Academia Española, en 7 de febrero de 1897*, Madrid, Vda. e Hijos de Tello.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1900), *Bartolomé de Torres Naharro y su Propaladia: estudio crítico*, Madrid, Fernando Fe. [Tirada a parte de 50 ejemplares en papel de hilo del Prólogo].

Menéndez Pelayo, Marcelino (1940), *Historia de las Ideas Estéticas en España. Edición Nacional de las Obras Completas*, Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Aldus, S. A. Artes Gráficas).

Menéndez Pelayo, Marcelino (1942), *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Edición Nacional de las Obras Completas*, Santander, CSIC (Aldus, S. A. de Artes Gráficas).

Menéndez Pelayo, Marcelino (1943), *Orígenes de la novela. Edición Nacional de las Obras Completas*, Santander, CSIC (Aldus, S. A. Artes Gráficas).

Menéndez Pelayo, Marcelino (947-1948), *Historia de los heterodoxos españoles. Edición Nacional de las Obras Completas*, Santander, CSIC (Aldus, S. A. Artes Gráficas).

Menéndez Pelayo, Marcelino (1949), *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega. Edición Nacional de las Obras Completas*, Santander, CSIC (Aldus, S. A. Artes Gráficas).

Ortega, Soledad (1964), *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de Occidente.

Pardo Bazán, Emilia (1886), *San Francisco de Asís (Siglo XVIII)*. Con un prólogo por don Marcelino Menéndez Pelayo. Segunda edición, Madrid, Garnier Hermanos.

Patiño Eirín, Cristina (2009), "Menéndez Pelayo y Pardo Bazán", en *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX,* Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Ro-

dríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo pp. 13-66.

Pereda y Torres, Mª Fernanda de y Enrique Sánchez Reyes (1953), "Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXIX, pp. 207-402. [Reimpreso en Santander, CSIC, 1953. Las citas que aparecen en el presente artículo corresponden a esta edición].

Polo y Peyrolón, Manuel (1878), *Los Mayos. Novela original de Costumbres Populares de la sierra de Albarracín. Prólogo de M. Menéndez Pelayo*, Madrid, Imprenta Manuel Minuesa de los Ríos.

Revuelta Sañudo, Manuel (ed.) (1982-1990), *Marcelino Menéndez Pelayo. Epistolario,* Madrid, Fundación Universitaria Española.

Rodríguez Gutiérrez, Borja (2012), "Una súbita rebelión epistolar en la república de las letras", *Monteagudo*, 3ª época, nº 17, pp. 97-108.

Rubio Cremades, Enrique (2001), *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*, Madrid, Castalia.

Rubio Cremades, Enrique (2009), "Menéndez Pelayo y Valera", en *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX,* Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo pp. 67-112.

Rubio Cremades, Enrique (2012), *Marcelino Menéndez Pelayo y Juan Valera: una mistad refrendada por la Bibliografía,* Monteagudo, 3ª época, nº 17, pp. 119-128. [Serie monográfica de Monteagudo – Menéndez Pelayo, cien años después (1912-2012). Coordinado por Francisco Javier Díez de Revenga y Francisco Florit Durán].

Sánchez Reyes, Enirque (1953), "Centenario y conmemoraciones. Epistolario con Menéndez Pelayo", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXIX, pp. 109-114.

Sebold, Russell P. (2007), *En el principio del movimiento realista. Credo y novelística de Ayguals de Izco*, Madrid, Castalia.

Sotelo Vázquez, Adolfo (2009), "Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas, *Clarín*", en *Menéndez Pelayo y la novela del siglo XIX,* Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 113-152.